



Proceso de construcción de los posicionamientos políticos, sindicales y educativos del SUTEBA

Capítulo V

La energía de nuestro pueblo en un solo torrente (o cómo avanzar en la convergencia de las fuerzas del campo popular)

2002 - 2003

El carácter terminal de la crisis. Las expectativas frente a la posibilidad de transformaciones. La articulación de la demanda salarial y laboral con el conflicto social como estrategia para la reconstrucción del campo popular.

Textos

El estallido social en la Argentina: el fracaso de las políticas neoliberales en América Latina
(Informe ante el Congreso de la Confederación Nacional de Trabajadores de la Educación de Brasil - Enero 2002)

Abriendo espacios de convergencia
(Editorial La Educación en nuestras manos N° 67 – Noviembre 2002)

Enseñar aprendiendo
(Editorial La Educación en nuestras manos N° 68 – Abril 2003)

Lo que suceda dependerá de la capacidad que tengamos de unificar las fuerzas populares
(Editorial La Educación en nuestras manos N° 69 – Junio 2003)

El estallido social en la Argentina: el fracaso de las políticas neoliberales en América Latina (Informe ante el Congreso de la Confederación Nacional de Trabajadores de la Educación de Brasil - Enero 2002)

La explosión popular del 19 de diciembre es la expresión del rechazo del pueblo argentino a un modelo económico cuyas raíces se remontan al golpe militar de 1976. Un modelo económico impuesto a sangre y fuego por la dictadura militar y rediseñado a partir de 1990 con la Ley de Convertibilidad de Cavallo y Menem.

Un sistema que se centró en la subordinación absoluta a la política de los EEUU a partir del mecanismo perverso de la deuda externa, cuyo crecimiento desmesurado no fue un efecto no deseado del modelo, sino uno de los pivotes del mismo.

Es a partir de entonces que se comienza a desmontar la Argentina de desarrollo industrial y su Estado con capacidad de intervención en la planificación de la economía, para dar paso a lo que entonces se denominó la Patria Financiera.

La dictadura militar con su secuela de 30 000 desaparecidos fue la que abrió paso a un sistema que concentró la riqueza en pocas manos y comenzó la destrucción sistemática de un modelo de Nación sustentada hasta entonces en el desarrollo industrial, que había logrado avances importantes en el área de la investigación científica-tecnológica y que exhibía parámetros de desarrollo social similares a los de muchas naciones europeas.

Para ello se privilegió la especulación financiera, se extranjerizó la banca, se produjo la apertura indiscriminada de la economía y se les fue cerrando el crédito a los sectores productivos.

Paradójicamente el argumento utilizado por Pedro Pou -que desde el Banco Central fue uno de los principales imputados en el lavado de dinero a gran escala de la década del 90- para justificar la desnacionalización de la banca, fue que cuando el sistema financiero estuviera en manos de los bancos extranjeros los ahorristas ya no tendrían que temer por sus depósitos, pues éstos iban a estar respaldados por la solidez de las respectivas casas matrices. Hoy, disipado el espejismo de la “plata dulce” de los militares y el “peso fuerte” de Cavallo que actuó como una especie de narcótico sobre muchos de los integrantes de la clase media y media alta que ahora hacen sonar sus cacerolas, queda un tendal de pequeños y medianos ahorristas cuyos plazos fijos tienen una existencia apenas virtual dentro del llamado “corralito” financiero. Es el cardumen atrapado de titulares de cuentas por 46 400 millones de dólares y 18 400 millones de pesos, que no tuvo la suerte de los tiburones que sí pudieron fugar 20 000 millones de dólares en 48 horas, mientras las autoridades miraban para el costado. Para usar el lenguaje de sus propulsores, este sector es uno de los perdedores del modelo que deberá pagar los platos rotos.

Hoy queda como herencia una estructura productiva desmantelada, cuyos pocos sobrevivientes son ultradependientes de insumos importados que en las actuales condiciones resultan poco menos que inaccesibles. Por el lado de las economías regionales, que generaban recursos para los estados y fuentes de trabajo para sus habitantes, no ha quedado piedra sobre piedra.

Esta “modernización” de la economía, para los trabajadores significó cesantías, suspensiones, pérdida de derechos laborales y retroceso salarial, que en estos últimos años se expresó de manera salvaje. La baja del costo laboral, impuesta con el pretexto de hacerlo competitivo con el de los “tigres del Asia” y que tuvo como ariete una desocupación que actualmente sobrepasa el 20%, significó además que el Estado cediera casi 5.000.000 de dólares anuales en concepto de achique de los aportes patronales y la evaporación de las indemnizaciones por despidos.

Así, en nombre de las transformaciones que nos iban a eyectar al “Primer Mundo”, fueron arrojados a la miseria 8.000.000 de trabajadores y 2.000.000 de cuentapropistas que están aún más desamparados. La devaluación del peso y las remarcaciones de precios de los últimos días, muestran claramente que son éstos, más los desocupados y los 4.000.000 de jubilados, los otros perdedores que en la miseria extrema también deberán pagar los platos rotos.

En definitiva, es el pueblo argentino el que se desangra, víctima del saqueo del sector financiero y de las corporaciones multinacionales que hoy se desentienden de la caída de nuestra Nación. Ya nadie, incluido el FMI, parece acordarse de que -relaciones carnales mediante- éramos mostrados como “el mejor alumno”; el ejemplo a imitar. Por el contrario, hoy se habla del efecto contagio y del peligro de la “argentinización”.

Pero nada más ajeno a nuestra voluntad que sumarnos al coro plañidero de los que hoy quejosamente demandan a los amos del mundo un gesto de piedad. Muy por el contrario, para quienes hemos militado en la resistencia a este modelo en una lucha que muchas veces se asemejaba a caminar por un desierto, los últimos sucesos acontecidos en la Argentina reafirman la validez de cuanto denunciábamos y reabren la expectativa en cuanto a las posibilidades de transformación profunda, tanto del modelo económico social, como del propio sistema político que lo gerenció.

La movilización popular del 19 de diciembre que puso fin al gobierno de De la Rúa y Cavallo, al igual que la que la sucedió dando por tierra con las pretensiones de perpetuación del caudillo puntano Rodríguez Saá, muestran el carácter profundo y terminal de una crisis que antes que económica es política. Por eso está cuestionada la legitimidad de la dirigencia, no sólo de los partidos políticos tradicionales, sino de las estructuras de poder del sistema, empezando por la Suprema Corte de Justicia y el propio Parlamento.

Esta crisis política hizo que colapsara el esquema de “governabilidad” de los últimos doce años que se basaba en la capacidad de los partidos mayoritarios de generar franjas de consenso que en el contexto de la fractura social y la orfandad de alternativas, hacían posible la aplicación de las políticas neoliberales pese a los focos de resistencia que se expresaban en conflictos sectoriales que por la vía del aislamiento terminaban casi siempre siendo sofocados. A lo largo del presente año hubo claros síntomas de este agotamiento. La renuncia del Ministro de Economía López Murphy como consecuencia de la movilización popular motorizada por el gremio docente y las organizaciones del estudiantado universitario; las sublevaciones populares que desde el interior del país fueron apuntalando la extensión de un fenómeno social nuevo, el de los piqueteros, como forma de lucha de los excluidos del modelo; la eclosión del llamado “voto bronca” que en las elecciones de octubre mostró el ahuecamiento de las estructuras partidarias tradicionales y su contracara, los 3.100.000 votos a favor del Seguro de Empleo logrados en una consulta popular promovida por una conjunción de fuerzas sociales y políticas nucleadas en el Frente Nacional contra la Pobreza (FRENAPO) pocos días antes del estallido social de diciembre, constituyeron indicios de esa crisis política terminal.

La dirigencia política tradicional, radicales, justicialistas, aliancistas, cavallistas, hoy está desahuciada por una población hastiada de la corrupción, de la impunidad, de la injusticia y del saqueo sistemático a la Nación.

A diferencia del discurso de la derecha que también interpela a la política como expresión anacrónica del populismo y demanda su sustitución por parte de gerentes de los grupos económicos que, con el apoyo de la gendarmería, dejen actuar “sin interferencias” al mercado, el cuestionamiento que surge mayoritariamente desde los sectores populares tiene un contenido diametralmente opuesto. Se pone en tela de juicio la incapacidad de la dirigencia de cambiar radicalmente el modelo económico para poner fin a la ley de la selva del mercado, que ha convertido a quienes gobiernan en marionetas de la trama de intereses del poder financiero internacional y de sus socios locales; se cuestiona la capacidad de poner fin al saqueo y a la injusticia social que trae aparejado; se condena la corrupción política e institucional que ha institucionalizado dentro del Estado y la justicia una suerte de lógica de poder mafioso; se rechaza la subordinación absoluta a los dictados del FMI y del Departamento de Estado; se interpela la violación sistemática del mandato popular.

La crisis es ante todo política porque los partidos tradicionales han sido desbordados en su capacidad y falta de vocación para hacerse cargo de estas demandas populares y, a su vez éstos, ya son incapaces de someter a la ciudadanía a las imposiciones de la “governabilidad” entendida por ellos como ejecución de los dictados del poder financiero y de las corporaciones económicas.

Esto se verificó de manera inequívoca cuando un segundo cacerolazo precipitó la renuncia de Rodríguez Saá, quien cometió el error de creer que el justicialismo por el mero hecho de haber actuado como oposición en estos últimos dos años, quedaba a salvo de esa impugnación popular.

Con una tasa de desocupación que supera el 20%; con más de 15.000.000 de personas viviendo por debajo de la línea de la pobreza; con una pérdida de poder adquisitivo cercana al 50% que se irá agravando con la devaluación y las remarcaciones de precios; con trabajadores públicos que cobran su salario con bonos y con atraso; con cientos de miles de pequeños ahorristas cuyos depósitos se han incautado; con una recesión que ya dura cuatro años y amenaza profundizarse; con esta realidad en la Argentina no hay dirigente político, sindical o social que tenga un cheque en blanco de parte de una población hastiada, enervada y descreída.

Por esto es que ni la sed animal de poder que lo caracteriza, ni el hecho de gobernar la mayoría de las provincias y tener la mayoría parlamentaria, ni su capacidad de disciplinamiento social a través

de las redes de punteros políticos en las zonas pobres y la relación con las dos CGT, le servirán en esta situación al justicialismo para paralizar la protesta social sin satisfacer las demandas acuciantes de la población. Hay un dato de la realidad que muchos han soslayado: el discurso en que el ex-presidente De la Rúa anuncia la imposición del Estado de Sitio, dispara en forma inmediata la respuesta del cacerolazo y la marcha sobre Plaza de Mayo, sin que mediara convocatoria alguna. Las dos cinchas sobre las que se asentaba la sumisión al modelo cedieron al mismo tiempo: la indiferencia y el miedo, que en un país donde todavía hacemos el luto de un genocidio no es poco decir.

Hay un segundo dato que abona en ese sentido; a pesar de la salvaje represión que costó 30 vidas y cientos de heridos en la Capital y en el resto del país, los cacerolazos y las marchas volvieron a repetirse. El último acontecimiento de esta índole, la noche del jueves 10 de enero, tuvo como destinatario el actual presidente Duhalde pese a haber sido ungido en su cargo como producto de una denominada “unidad nacional” de un arco de partidos políticos que teóricamente estaría representando al 80% del electorado del país. Lo cual es revelador de una realidad que el periodista Pasquini Durán describía acertadamente en un comentario político publicado el 12 de enero en el matutino “Página 12”: “Eduardo Duhalde será eyectado de la Casa Rosada si insiste en cometer el mismo error que sus antecesores, o sea creer que el futuro es posible sin desanudar la trama espesa de la economía nacional tal como fue reorganizada por los conservadores neoliberales”.

En realidad lo que se está disputando, y de esto es conciente la mayoría del pueblo argentino, es quién pagará las cuentas de la devaluación y de lo que viene con ella en una nación cuya economía ha quedado destruida y que presenta un cuadro social atroz.

Esta disputa muestra las resquebrajaduras abiertas entre los distintos sectores del poder económico, que hasta hace poco se alineaban monóticamente detrás del modelo económico que tantos dividendos le reportaran a lo largo de todos estos años. El grupo de las compañías privatizadas, las AFJP y el sector financiero –el núcleo duro neoliberal- presionando para hundir todavía más el cuchillo. Su fórmula consistente en proceder a la dolarización y restituir el disciplinamiento al FMI, como requisito previo para arrojarnos al ALCA, significaría sellar definitivamente el destino de los argentinos al ajuste estructural permanente. Lo cual, hoy más que nunca, no sería practicable sin arrasar con las libertades democráticas, reinstalando la represión como método de disciplinamiento social. Del otro lado los grupos económicos locales vinculados a la actividad exportadora que propugnan la devaluación como punto de partida para recuperar la capacidad de contar con una política cambiaria que les restituya posibilidades en el mercado internacional.

Unos y otros, sin embargo, coinciden en tres cuestiones que para el establishment en su conjunto están fuera de discusión: que profundizar aún más el ajuste estructural es ineludible; que el cepo sobre los depósitos de los pequeños ahorristas debe continuar y que debe desactivarse la movilización popular para asegurar la “gobernabilidad”.

Pero no son las únicas presiones. El gobierno de los Estados Unidos ha hecho saber sin sutilezas su recelo respecto del acercamiento a Brasil y a la sola mención de la posibilidad de modificar, en materia de política exterior, aquello que sin pudor alguno definiera el ex-canciller Guido Di Tella con la imagen de las relaciones carnales. En las últimas semana también ha sido significativa la presión del FMI. El diario Washington Post, que suele ser utilizado como un portavoz ad hoc del gobierno estadounidense, editorializó acerca del peligro de contagio, no ya económico, sino político y social del proceso argentino en el resto de los países de la región.

El fantasma de una hipotética coordinada que trazara un triángulo populista cuyos vértices serían los gobiernos de Duhalde, Lula y Chavez; el temor a la “argentinización” en otras naciones sometidas a condiciones de convulsión social; la posibilidad de que esto agote un ciclo del capítulo neo-liberal en la región; el obstáculo que puede representar esto en la vía rápida de sujeción al ALCA de las naciones de América Latina; el derretimiento del bloqueo a Cuba en términos políticos; constituyen las cuestiones que se agitan para no tener que sincerar lo que constituye el núcleo de los desvelos de la manada de los lobos de la mundialización.

Y es que, por más maltrecha que esté, ninguno de ellos está dispuesto a abandonar la presa que representa la tercer economía del continente. En este contexto cobra sentido la “piadosa” decisión

del FMI de otorgar a la Argentina un año de gracia en el pago de los servicios de la deuda externa, lo cual constituye una señal inequívoca para que el gobierno se de por enterado de la estrechez de los márgenes en que deberá moverse. Que el FMI haya retomado rápidamente la iniciativa, después del breve interregno de la hecatombe cuando decían “no tenemos nada que ver”, constituye una mala noticia para el pueblo argentino. Pero no lo es para los grupos de poder de nuestro país que han tenido en las imposiciones del Fondo Monetario una formidable coartada para justificar el más aberrante proceso de regresión salarial y expoliación de derechos del que se tenga memoria. Lo cierto es que cuando aún no terminó de asentarse el polvo después del estallido social hay algo que, por más que miren para el costado o digan no recordar que fuimos “sus mejores alumnos”, resulta ser una verdad a gritos: la debacle de la Argentina es el caso testigo del fracaso del FMI y del conservadurismo Neo-liberal en América Latina.

Para bien o para mal, eso dependerá en parte también de nosotros, habrá un antes y un después.

Abriendo espacios de convergencia

(Editorial La Educación en nuestras manos N° 67 – Noviembre 2002)

El jueves 14 de noviembre, a menos de una semana del cierre de la Marcha de Misiones a Plaza de Mayo del Movimiento Nacional de los Chicos del Pueblo, que recorrió miles de kilómetros para denunciar "el hambre de los niños en un país hecho de pan", las tapas de los diarios le brindaban el espacio que le escamotearon a esa marcha, para volver sobre ese mismo tema desde un costado trágico: cuatro chicos muertos por hambre, titulaba Clarín, y completaba titulando con estas cifras:

"Desnutrición infantil - Porcentaje de muertes que causa entre menores de 5 años: 50%". "Hogares indigentes - Los que no pueden acceder a la comida mínima para sobrevivir: 30,7%". De pronto, la muerte de esos cuatro pibes, convertía en noticia el drama que día tras día padecen millones de argentinos, la mayoría de ellos menores de edad.

La otra noticia de tapa, del mismo día, era: *"El FMI exige mas Ajustes en las provincias"*. Que es como decir que el FMI y sus socios locales -entre los que se cuentan grupos económicos, banqueros, políticos, periodistas mercenarios y toda la fauna que componen la derecha de nuestro país- exigen más hambre y más padecimientos que los que ya estamos padeciendo. A pesar de que fueron ellos y los cipayos que ejecutaron sus mandamientos, los que nos han llevado a esta decadencia en la que son millones los argentinos excluidos, sin trabajo, sin salud, sin esperanzas.

A pesar de todo esto vienen por más. Y para ello revuelven los recipientes de desperdicio del poder político tradicional, tratando de encontrar el candidato que les asegure la mano dura que, según ellos, hace falta para el disciplinamiento social que les permita continuar con el saqueo.

¿Es posible encontrarle una salida a esta situación? Esa es la pregunta que la mayoría se hace cada día. Nosotros estamos convencidos que sí. Es más, sabemos como también lo sabe la mayoría, qué medidas serían urgentes para que esto empiece a cambiar. El seguro de empleo y el subsidio universal por hijo menor de 16 años, para que no haya un solo hogar pobre en la Argentina; la escolarización temprana; la extensión de la jornada escolar; la cobertura con el pago de las becas para todos los alumnos ubicados debajo de la línea de la pobreza, son todas medidas que urgen para poner fin a esta oleada arrasadora de la miseria, que si se extiende puede terminar adquiriendo la dimensión de un verdadero genocidio social.

Pero no hay recetas mágicas ni voluntad de cambio que se pueda realizar sin la movilización y la organización popular que vertebré la fuerza necesaria para hacer que esa transformación sea factible.

Ninguna de las propuestas antes mencionadas será posible sin derrotar la lógica del ajuste permanente, que impulsan el FMI y los grupos dominantes locales. Ellos necesitan mano de obra barata y un pueblo que acepte como una circunstancia natural su condición de paria social. En este contexto la escuela pública y la lucha de los docentes contra la exclusión educativa, juegan un papel clave.

Pero esa lucha no puede ser la que se agote dentro de los márgenes estrechos de la demanda

sectorial. Las acciones por la reivindicación salarial, o por la defensa del Estatuto, adquieren sentido si somos capaces de proyectarlas en una dimensión del conflicto que incorpore las demandas constitutivas del derecho social a la educación -cupos para comedor, becas, extensión de la obligatoriedad, etc.

Esta lucha no es unidireccional. Tiene múltiples planos y distintos momentos. Es en el aula, es en la escuela, es en el barrio, es en el curso de formación, es en la Asamblea y es en la calle. Pero en todo momento tiene un aliado fundamental, son los padres de nuestros alumnos. Es la comunidad en cada barrio, son los trabajadores con empleo o en su condición de desocupados.

En ese sentido la "*Marcha del Tigre a La Pata*" que durante cuatro días recorrió los distritos más castigados del conurbano, representa un importante avance en esa búsqueda de coagulación de las fuerzas del campo popular. En ella se expresó la convergencia natural de intereses entre los piqueteros (FTV y CCC) y los docentes, levantando en forma conjunta las banderas de la lucha contra el hambre y la defensa de la educación pública. Esa marcha abrió un espacio de convergencia que potenció nuestras fuerzas, articulado desde el vértice que constituye la infancia y la juventud castigada por la pobreza, en su doble condición de hijos de desocupados y alumnos de la escuela pública.

Esa fuerza es la que debemos seguir articulando y ampliando para torcer el rumbo que pretenden imponer los que ven en esta crisis la oportunidad para liquidar definitivamente a la escuela pública, ya sea por vía de la mercantilización o por el camino de convertirla en un reservorio de niños y jóvenes condenados a un presente perpetuo de miseria.

A pesar de los embates, la convocatoria a defender la escuela pública sigue creciendo.

Enseñar aprendiendo

(Editorial La Educación en nuestras manos N° 68 – Abril 2003)

En los últimos días la humanidad asiste conmovida a lo que, sin duda, representa una inauguración atroz del nuevo siglo. El siglo que en la fanfarria del nuevo milenio se nos prometía como el de la construcción planetaria de una nueva "convivencia global". El siglo del conocimiento en el que la renovación científico-tecnológica ofrecería nuevas y promisorias oportunidades para los habitantes del planeta.

Palabras huecas, frases propagandísticas de una visión edulcorada de la globalización que han quedado aplastadas como hojas secas al paso de las tropas que hoy invaden Iraq. En todo caso la oportunidad que se nos brinda a los pueblos del mundo a apenas 3 años de esas promesas, es ver cómo la revolución científico-tecnológica llueve en forma de misiles sobre las cabezas de los habitantes de Iraq. Si la propaganda no puede más que la verdad, esta guerra pasará a la Historia como uno de los crímenes más atroces perpetrados contra la humanidad. Apenas tres años después de que los cielos de las naciones más ricas se iluminaran con los fuegos artificiales saludando el nuevo siglo, las cadenas televisivas del norte nos muestran nuevamente cielos iluminados. Sólo que esta vez cada destello significa la muerte de decenas de inocentes, en una escalada genocida cuya aberrante lógica se sostiene en la ecuación: sangre por petróleo.

Resulta innegable que esta guerra imperialista degrada la condición humana y nos retrotrae a una especie de estado de no - derecho internacional en el que prevalece como único argumento el poder de fuego.

Pero también lo es el hecho de que ante la atrocidad de esta guerra desigual que encarna la codicia sin límites del complejo militar-empresario, cuyo títere de guante es el patético George W. Bush, una gran mayoría de los habitantes del planeta ya no se cree el verso de la libertad, de la democracia y de la civilización contra la barbarie, en nombre del cual 'justificaron' antes tantos otros atropellos a la condición humana.

Millones de habitantes del planeta nos movilizamos con el lenguaje común de las pancartas diciendo "*No a la guerra*". Y esto, aunque no alcanzó para parar la invasión, habla de la consolidación de una nueva conciencia planetaria capaz de establecer lazos de solidaridad entre los

pueblos, incluso con aquellos cuyos gobiernos forman parte o hacen seguidismo de esta avanzada imperialista.

En la Argentina este sentimiento anti imperialista hoy es muy fuerte. Según las encuestas 9 de cada 10 argentinos está en contra de la invasión a Iraq y cree que los verdaderos móviles son el petróleo y la búsqueda de poder geopolítico.

Para orgullo de todos nosotros podemos decir que, precisamente, es esta presión desde abajo la que ha sido determinante en la postura del gobierno argentino y la mayoría de los candidatos que se han manifestado en contra de la guerra. Lejos están los tiempos en que el discurso neoliberal gozaba de la legitimidad que le daba su capacidad de generar consenso con los espejitos de colores del 'fin de la historia' y la 'nueva armonía de la aldea global'.

Lejos están los tiempos en los que Carlos Menem, para agraciarse con los dueños de la llave de entrada al primer mundo, disponía sin despeinarse el envío de naves a la guerra del Golfo. Hoy, con el oprobio de esta masacre en Iraq que tiene como contrapartida esta nueva conciencia expresada en la repulsa mundial que ha generado, corren otros tiempos. En estos nuevos tiempos, tal como lo plantea Marta Maffei, en una columna de opinión publicada en Página 12 el 28 de marzo, *“es difícil enseñar ética, valores, un pensamiento autónomo, reflexivo, crítico y constructivo, en medio del saqueo, la muerte y el bombardeo mediático que encubre ésta y otras realidades que padecen nuestros niños. Difícil, pero no imposible. Es necesario ayudar a ver, a leer, a comprender la realidad y formar el pensamiento reflexivo. En todo el sistema educativo, en todos los niveles, pero particularmente en las escuelas medias, terciarias y de adultos, necesitamos abrir el debate, intercambiar información, enriquecer nuestras miradas, tener más y mejores elementos de juicio”*.

Este desafío que nos propone la Secretaria General de CTERA es el que muchos docentes, de manera espontánea, han asumido como práctica de una forma de educar sustentada en un compromiso social que no admite la asepsia de la autocensura ni una neutralidad falsa que se parapeta en los contenidos curriculares para negar la irrupción en el aula de lo que sucede “*afuera*” (¿*afuera?*) de la escuela.

Hoy, más que nunca, en tiempos de crisis y de irracionalidad organizada, es preciso afirmarnos en la educación en valores. Lo que requiere una permanente mirada crítica sobre nuestro propio trabajo. Necesitamos, si no queremos convertirnos en meros reproductores de esto que se nos pretende mostrar como el “*orden natural de las cosas*” -por ejemplo el predominio del más fuerte sobre el más débil- ser capaces de convertir a las aulas en talleres de construcción de valores. Como dice Marta Maffei, poner al alcance de nuestros alumnos *“los elementos para comprender éticamente, más allá de la tecnología involucrada, el lugar reservado a los derechos humanos, a la igualdad, a la justicia y desarrollar el conocimiento necesario que nos ayude a organizarnos para edificar, junto a otros, ese otro mundo posible que el Foro Social Mundial vienen proclamando”*.

Parafraseando a los zapatistas, es tiempo de enseñar aprendiendo.

**Lo que suceda dependerá de la capacidad que tengamos
de unificar las fuerzas populares**
(Editorial La Educación en nuestras manos N° 69 – Junio 2003)

En pocas horas más un nuevo presidente asumirá la responsabilidad de gobernar nuestro país. Se cierra así un capítulo que, entre la caída de De la Rúa y la huída de Menem, estuvo signado por la movilización popular.

Un extremo y el otro de este segmento convulsionado de nuestra historia, tienen como grandes derrotados a quienes personificaron la debacle de sus respectivos partidos y la traición más flagrante a los postulados históricos de los mismos. Ambos fueron ejecutores de las políticas de hambre y exclusión social que expresan el mandato del FMI y de los sectores dominantes locales.

Ambos fueron condenados por el más irrevocable de los veredictos, la repulsa popular. Kirchner es la expresión de hasta dónde pudo llegar la enconada resistencia del pueblo argentino en

esta etapa. En el camino quedó la "gran esperanza blanca" del poder económico y de la derecha, López Murphy. Y otros que, como De la Sota y Reutemann, ni siquiera pudieron salir de la incubadora.

Pero a pesar de todas las luchas de estos últimos años queda intacta la misma matriz distributiva injusta que convirtió a este país rico en una nación de chicos hambrientos y adultos arrojados a la exclusión social. Y no sólo eso. Permanece intacto el entramado político, jurídico y represivo que sostuvo, con el telón de fondo de la corrupción y la impunidad, este verdadero saqueo al pueblo argentino.

Por eso el capítulo que se inicia con un hecho trascendente como el que representa la fuga con que Menem pretendió disimular su aplastante derrota y a la vez hacerle un nuevo servicio a la derecha, abre más incógnitas que certezas. Es evidente que los que apuestan al continuismo y a preservar intactos sus poderosos intereses, incluidos en este lote los buitres enviados por el FMI que ya sobrevuelan la casa Rosada, intentarán hacer de Kirchner el nuevo títere que gestione sus privilegios y avance en lo que ellos denominan "la obra inconclusa". Paquete que incluye las reformas de segunda generación, entre las que aparece la aplicación del modelo chileno en materia educativa. Pero también es evidente que las expectativas de cambio del pueblo argentino, que demanda terminar con el hambre derivado de la desocupación y de los salarios miserables, no podrán ser desairadas impunemente. Es que el acumulado en términos de la experiencia de lucha, sumado a la falta de consenso social que hoy corroe a la receta de ajuste perpetuo del neoliberalismo, marcan grandes diferencias que harían erróneo trazar un paralelismo fatalista entre la anterior salida de Menem en el 99 y la realidad actual. Creemos que en el proceso que desembocó en la caída del gobierno de De la Rúa hay en ese sentido un punto de inflexión, cuya influencia se dejará sentir todavía por mucho tiempo.

Casi es obvio afirmar que no suscribimos ni a la versión idílica de un Presidente que nos va a ofrendar un futuro venturoso ni a la tesis, también simplista, de la traición automática al mandato popular.

Por eso creemos que en gran medida lo que suceda dependerá de la capacidad que tengamos de ir construyendo ese entramado de fuerzas populares que puedan unificarse y movilizarse en torno a objetivos claros y compartidos. La intervención de los trabajadores y la comunidad para pelear por más autonomía nacional, por la distribución de la riqueza y por más democracia, puede delimitar un amplio espacio de confluencia de los distintos sectores que queremos que las cosas cambien de verdad. Ese es el gran desafío y también la gran oportunidad que tenemos por delante.

Por supuesto, en los planes del neoliberalismo y de los grupos económicos y financieros que conforman el núcleo duro de la derecha local, la visión es otra. Según ya lo expresan a través de los distintos medios de comunicación que dominan, hay que volver a las relaciones carnales con el imperio. Su proyecto histórico, que no es otro que el de las viejas oligarquías de nuestro continente, consiste en anclar a la Argentina en un esquema de nación dependiente exportadora de materia prima y generadora de abundante mano de obra barata. Reducir a la mera formalidad los márgenes de la democracia, profundizar el ajuste para volcar divisas al pago de los compromisos con el FMI, garantizar un Estado represor y mantener la desocupación como llave maestra para abaratar el costo de la mano de obra, formar parte del "programa de gobernabilidad" que intentarán imponer a este gobierno como ya lo hicieron con los otros que le antecedieron. En ese proyecto de país la educación pública no sólo es un gasto inútil, sino que representa un objetivo a desarticular para avanzar hacia una educación de mercado que reproduzca la desigualdad.

Ese poderoso enemigo de la escuela pública, sabe que entre la educación concebida como un derecho social y la educación entendida como una mercancía, se abre un campo de disputa en el que los docentes y la comunidad educativa son una pieza clave a neutralizar. Su poder les permite comprar políticos, intelectuales, jueces, sindicalistas, periodistas. Sin embargo, hay algo que no pueden comprar: la conciencia del pueblo argentino. Esa es su mayor debilidad. Y ahí está también nuestra mayor fortaleza. Por eso esta lucha de todos los que estamos convencidos que no se termina con la exclusión educativa si no se termina con el hambre y que no se termina con el hambre si no se termina con la exclusión educativa, reconoce en la disputa cultural uno de los espacios claves de

la

lucha.

Esta lucha cultural tiene un imperativo insoslayable: cerrarle el paso a la pelea de pobres contra pobres, que fue la que tantas veces les permitió avanzar enfrentando -en el caso nuestro- a los docentes con la comunidad.

La fragmentación y la división del campo popular es nuestro tendón de Aquiles. De ahí que reconstruir esa unidad constituya una de las tareas fundamentales para dar la lucha que nos permita, respetando la diversidad y el pluralismo, ir encontrando un cauce común para que la energía de nuestro pueblo se exprese en un solo torrente.

En ese camino estamos avanzando los docentes del SUTEBA.

Suteba 